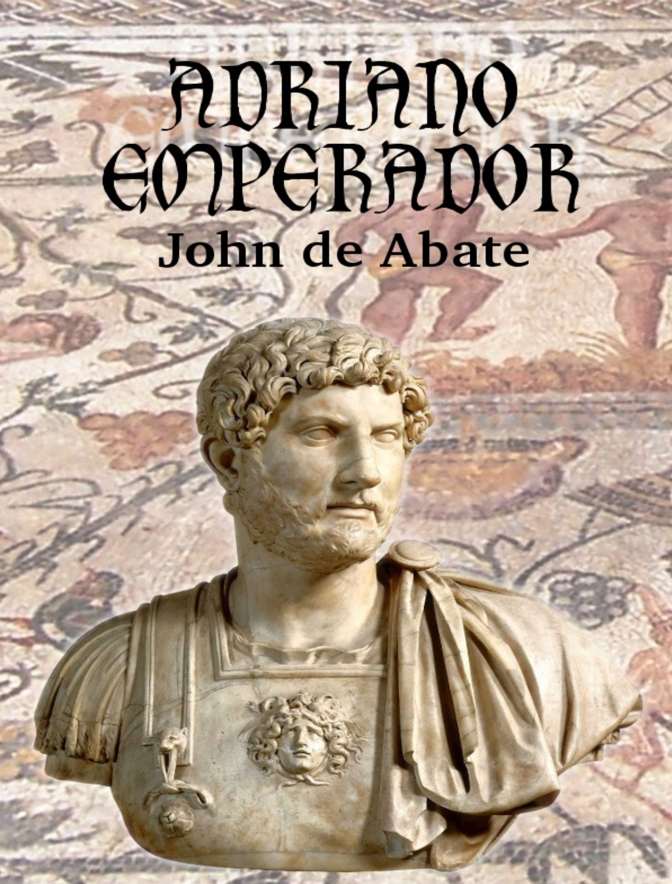
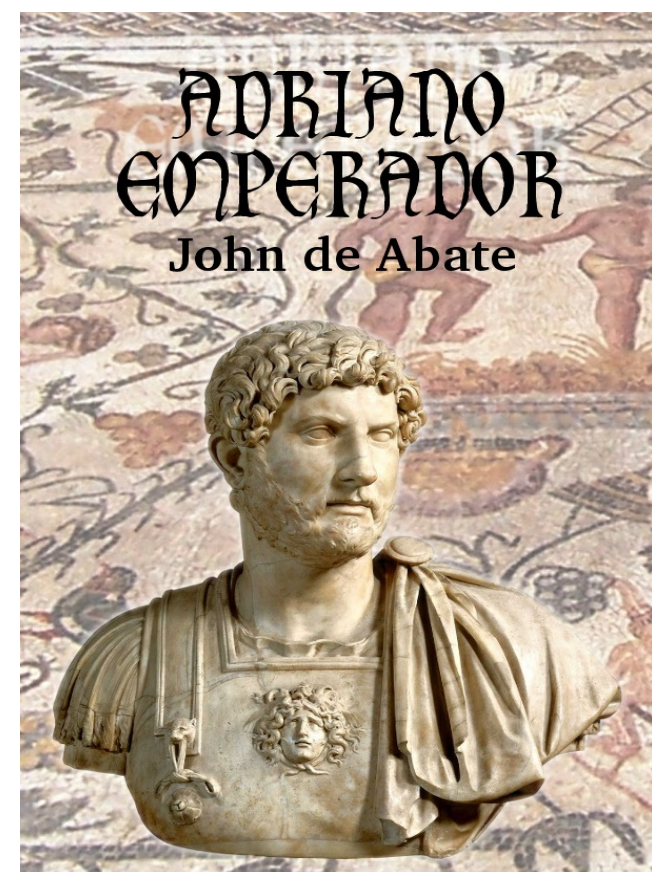


ADRIANO
EMPERADOR
John de Abate


ADRIANO
EMPERADOR
John de Abate

John de Abate

Adriano emperador

LDS 0.1

1- EL FERVOR Y LAS CARICIAS

El logos, o Tat, lo ha dado Dios en participación a todos los hombres, pero no ha hecho lo mismo con el Nous.

POIMANDRES, IV. 3

Cuando lo sacaron del Nilo, parecía de alabastro. Los cocodrilos y los peces respetaron la integridad de su hermoso

cuerpo. Lo vi, desnudo, sobre un lecho de hojas de papiro. Manos piadosas lo habían rodeado de flores de loto de todos los colores. Era un muchacho. Solamente un adolescente griego. Pero pudo llegar a ser el Emperador del mundo conocido. Semanas después me amonestaron:

-El Emperador de Roma quiere hablar contigo. Haz el viaje, ahora mismo.

Diez solados romanos me llevaron en su trirreme por el Nilo. Luego en litera hasta el campamento de Adriano. Al Emperador le gustaba más la austeridad del campamento, que la suntuosidad de los palacios de Egipto.

Después de todo seguía siendo un soldado en el ejercicio de las armas. No hubo protocolo. El dolor lo llevó a buscar la vida sin adornos. Solamente se puso la mano sobre el pecho e inclinó levemente la cabeza. Cuando quise postrarme a sus pies, me levanto y dijo con vehemencia:

-No. Un Hierofante no es inferior a un Emperador Romano. – Me tendió la diestra y pude sentir la fuerza mansa de un hombre poderoso.

-Te hice venir porque quiero entender la muerte. Se supone que sabes hablarme de la muerte. ¿Puedes compartirlo conmigo, Hierofante?

Adriano había sido iniciado en los

Misterios de Eleusis años antes. Por eso quise recordarle:

-Ya tú has muerto una vez en esta vida, Señor. Debes recordar que el que muere antes de morir, no muere cuando muere, el Emperador se quedó un momento pensativo.

-Sí pero quiero hablar de otra muerte. De la muerte que produce la ausencia del ser amado. Esa falta de fervor y de caricias. Esa carencia de miradas comprensivas. Vivir sin ese pacto secreto y misterioso que une a dos personas y que hace innecesarias las palabras.

Yo tenía dos mil años de filosofía a mis espaldas, pero era incapaz de paliar

su sentimiento. Lo mío era de la mente; del alma era lo suyo. Busqué por eso, otra forma de decirlo:

-El niño es más feliz ahora, libre de las necesidades y ataduras de su hermoso cuerpo; libre de intrigas y de celos. Más feliz sin el yugo de responsabilidades que tal vez, no quería sobrellevar. Piensas Señor, en tus deseos, pero debes pensar en la felicidad del ser amado.

Adriano miró hacia el Nilo, se toco la recia barba y dijo:

-Siempre supe que el amor se vuelve egoísta cuando esta tocado por las urgencias de la carne. El mío lo es, sin duda. No puedo ni quiero engañarme,

ahora que estoy tan solo. ¿Pero tú crees, amigo? - ¿Puedo llamarte amigo? – ¿Que quiso morir para no enfrentar las tareas del Gobierno?

Adriano vivía el infierno de la duda. Lo mire cuidadosamente. No me parecía encontrarme frente a un Emperador, sino ante a un amigo. Adriano era mi contemporáneo. La barba lo hacía ver mayor, mas no lo era. Quise establecer afinidad con ese hombre triste y derrumbado. Todo hombre que sufre – sin importar la causa – es digno de respeto.

-No. No creo que muriera para evitar sucederte en el trono de Roma. Morir en el agua es regresar al vientre

de la madre. Los griegos dicen que Zeus se lleva a sus predilectos al Olimpo…

-¡En ese caso tendré celos de Júpiter! – dijo con vehemencia, pasando a la religión romana. Y luego de una pausa:

-Dime, ¿Cual es, entonces la vida verdadera? Esta hermosa y triste vida, donde el alma es una llama tenue, o la tejen y destejen los misteriosos dioses.

No tuve que responder a su pregunta. En una cureña traían un gran bulto envuelto en mantas de lino del Egipto. Era una estatua. La primera versión apresurada del dios adolescente.

Los ojos de Adriano se alegraron por un momento. Sus músculos

recobraron el tono con que antes cazaba jabalíes en compañía de su amado. Ante un enfático gesto del Emperador, los soldados comenzaron a desenvolver el mármol. Delicadamente retiraron las gasas como quien deshace una momia. Y de ese proceso inverso surgió, en veraz simulacro de vida, el cuerpo adolescente. Un Antinoo con ese acento profano que solo griegos y romanos saben dar a sus estatuas.

Adriano comenzó a darle vueltas, lentamente. En cada paso, cada fragmento de ese mármol despertaba un recuerdo, una sensación, una pasión apenas contenida. Todos guardábamos silencio. Sabíamos que estábamos

viviendo un tiempo sagrado. Luego se volvió hacia mí quien hace una confidencia, me dijo en voz muy baja:

-Así de hermoso era…

No quise decirle que yo había cruzado el Nilo, desde Hermópolis, para ver al muchacho muerto. Que lo recordaba blanco, como ese mármol que ahora contemplábamos. Entonces parecía un dios dormido, sonriendo de sus dulces sueños.

Adriano señalo a la hermosa estatua y dijo:

-Tenía el poder de la inteligencia, la protección de la inocencia y el desafío de la belleza. Como si fuese un Dios. ¿Será un Dios verdadero? Y había

ansiedad y temor en su pregunta.

-Sí. Es un Dios verdadero. Porque amaba y soñaba como solamente aman y sueñan los lejanos dioses. Respondí mirándolo directo a la pupila. De todas maneras, la deificación de Antinoo era inevitable. La noticia de su muerte, en la misma fecha que la del Dios Osiris, había recorrido el Egipto entero en pocos días. Al mismo momento de su muerte, se iniciaron las lluvias después de tres años de sequía. Paisanos y sacerdotes lo habían decidido; para ellos era una señal del cielo.

Adriano sonrió levemente y dijo:

-Gracias necesitaba saberlo por corazón ajeno… El Nilo era un espejo

de azogue donde se multiplicaban los lotos blancos con el viento.

2.- UN CENTRO DE CONCIENCIA PURA

Madre, dijo Horus, otórgame a mí también conocer tal himno para que no sea un ignorante. E Isis respondió: Escucha, hijo…

FRAGMENTOS DE ESTOBEO,

Lo habían embalsamado de acuerdo al proceso solo conocido por los Señores de la Casa de la Muerte. Y, siguiendo la costumbre romana, le hicieron una mascara pintada con su hermoso rostro. Lo pusieron en el centro del pequeño templo; una escasa estructura, al estilo griego. Por suerte estaba lejos de Luxor porque, si no, se habría visto como una tumba de beduinos. Adriano no se hizo esperar. Al despuntar el día se oyeron relinchar los caballos. Minutos después, diez soldados de vanguardia revisaron el lugar para asegurar la integridad del

Emperador. Desde lejos Adriano me distinguió por mi túnica de lino blanco. Saludo levantando la diestra, al estilo romano. Cuando estuvo a mi lado:

-Abuso de nuevo de tu amabilidad y confianza. Quiero hacer la Consagración del Templo y la Entronización del Dios. ¿Puedo pedirte que hagas los rituales?

-Puedes, Señor. El joven Cómodo me visitó hace cinco días para concertar detalles.

-Sí. Cómodo ha sido de gran ayuda. Ahora sus celos han disipado y será, así parecen quererlo los dioses, mi sucesor. Los soldados se movían con diligencia, a nuestro alrededor, levantando un campamento para Adriano.

-La ceremonia será dentro de tres días. Si puedo hacer algo para hacer tu estadía más agradable…

-Sí - Interrumpió Elio Adriano con vehemencia, - Necesito aprovechar estos tres días para que me expliques muchas cosas. Estoy desorientado y tal vez he tomado algunas medidas precipitadas. Te necesito cerca. Estoy colgando entre lo eterno y lo terreno. Esa misma tarde, después del refrigerio de la hora once, nos reunimos frente al Nilo.

-Dentro de una hora será de noche y nuevamente sentiré esa entrañable soledad… Luego hizo un gesto como para apartar un pensamiento que

revoloteaba frente a su cabeza.

-En Judea prohibí a los árabes y a los judíos las salvajes costumbres de la castración y de la circuncisión. Los árabes fabrican eunucos como sirvientes ó guardianes de los harenes. A los dieciocho años les practicaban la infame operación sin piedad ni alternativa. Y la circuncisión… la practicaban también los egipcios.

-Sí. Es una medida sanitaria. En el desierto, por la falta de agua…

-Pero para los Judíos es una medida religiosa compulsiva – corto Adriano, siempre tenso, siempre ansioso.

-A veces los gobernantes protegen a la gente con medidas obligatorias que,

de otra manera, serían ignoradas. –Adriano quedo pensativo y dijo:

-He cometido un error. En Jerusalem prohibí la circuncisión a los Judíos y eso ha producido un clamor violento. Ahora comprendo. Para ellos ya no es una medida sanitaria. Es parte de su tradición religiosa y no pueden, ni siquiera abandonarla… Los Ibis volaban, en bandadas, buscando el refugio de esa noche. Adriano señalo las aves. ¿Por qué Thoth tiene cuerpo de hombre y cabeza de Ibis?

-En nuestra lengua las palabras Thoth e Ibis son sonidos equivalentes. De ahí que se haya escogido esa ave para representarlo. Tenemos cuarenta y

dos dioses, todos ellos con cuerpo humano y con cabeza de algún animal. Los que no saben, piensan que adoramos a los animales. Pero todo es representación. Los Griegos le llaman símbolo. Esos cuarenta y dos dioses solamente representan otras tantas energías.

-Es decir que así como los griegos representaban la sabiduría de Palas Atenea, ó el mar con Poseidón, ustedes usan formas de animales.

-Sí. En el Egipto pensamos que los animales representan mejor las fuerzas naturales. Ellos tienen un contenido neutro; libre de las pasiones de los hombres. Las fuerzas naturales –

terremoto, inundación, calor, vida, muerte – no son ni buenas ni malas. La naturaleza no tiene contenido moral. Eso es cosa de los hombres.

-Pero los dioses si tiene un contenido moral. Ellos aman, matan, odian.

-No en el nuevo Egipto, Señor. En la religión sacerdotal ni siquiera el Dios Supremo ama u odia. Es simplemente La Ley; lo que es justo, inteligente y necesario. Aunque, en realidad, de Dios no puede decirse nada…

-Entonces… Entonces el – parecía costarle pronunciar su nombre - ¿Antinoo, ya no me ama?

-El esta más allá del amor y la

indiferencia. Esta en una esfera de paz desde la cual su energía es un centro de conciencia pura… Señor. Adriano frunció el ceño; parecía perplejo:

-Estoy más, mucho más confundido que antes. Porque ahora no me asiste la esperanza. He perdido la fe que tenía puesta en el sentido del universo. No logro entender cuál es el propósito de las cosas… He perdido la esperanza. ¡No entiendo nada!

-Vivos y muertos están en dimensiones diferentes. Cada dimensión tiene leyes inviolables. Las leyes tuyas – las leyes de los vivos – no son sus leyes. Y en cuanto a la esperanza, ese es el patrimonio de los pobres, nunca el de

los reyes. Adriano pareció emocionarse. Tenía la cualidad de pasar de un estado de ánimo a otro, sin transición alguna. La pasión intelectual lo estimulaba:

-Creo entender algo realmente importante: cuando uno se libera de la carne ya son otras las necesidades y las posibilidades. Otras las leyes que rigen lo que queda… ¿Cómo se llama lo que queda?

-Después de los nueve días solamente quedan vigentes el espíritu y el alma.

-Y el espíritu y el alma están, como dices, más allá del amor y la indiferencia… Un silencio largo y necesario acomodó el momento. Los

soldados se acercaban con antorchas y sahumerios. Yo me quité un talismán del cuello y se lo di.

-Es una protección – le dije.

-¿Contra los demonios?

-Mejor… Contra los mosquitos – su curiosidad nuevamente alerta:

-¿Dime amigo es un amuleto mágico?

-No, Señor. Es un talismán formado con hierbas medicinales cuyo olor disgusta a los mosquitos.

Adriano se llevo el talismán a la nariz:

-Pero no huele… huele a nada.

-Eso demuestra que no eres un mosquito, Señor.

Adriano rió por primera vez desde que nos conocimos. Su risa era firme, fuerte y masculina. La clara risa de un general romano.

3.- UN CAPULLO DE MUERTE

Venir al ser no es sino aparecer a los sentidos

POIMANDRES, V. 1

Al entrar al pequeño templo, fresco de penumbra, caí en cuenta de que Adriano no había visto la momia de Antinoo. Se quedo perplejo, mirando el blanco bulto en el centro de la nave.

Respiro profundo y avanzó, indeciso, sin ese paso firme que definía su marcha. El templo había sido hermosamente decorado con lotos y papiros. La momia recostada, en su sarcófago abierto, tenía puesta la mascara romana pintada con el bello rostro del muchacho, era un capullo de muerte que guardaba el cuerpo adolescente. Cuatro frascos canopicos, a los pies del sarcófago, contenían sus viseras.

Todo eso era más fuerte que el Emperador de Roma. Adriano dio media vuelta y salió, a la luz hiriente, como quien sale de los salones de Amenti para volver ala vida de la carne. Los soldados y los muchachos, entre los

cuales estaba Comodo, esperaban fuera del templo. Decidí comenzar la ceremonia de inmediato. Ocho sacerdotes de Osiris precedieron la marcha; luego dieciséis acólitos, portando los símbolos sagrados. Primero se realizó la parte secreta del ritual. Después entraron a la sala Adriano y sus ayudantes en sus uniformes de gala, llevando los emblemas imperiales y más atrás con caras azoradas, el grupo de muchachos.

Adriano, vestido con su uniforme de guerra y luciendo las insignias imperiales, seguía el proceso con curiosidad creciente. Después vino la Entronización del nuevo Dios. Siguiendo

la tradición egipcia, un sacerdote representaba a Osiris y un joven acolito al nuevo dios que seria entronizado. El coro de sacerdotes, con sus voces graves, subrayaban la fina voz del acolito que representaba a Antinoo. Aunque no entendía la lengua egipcia, estuvo conmovido durante la ceremonia, que duro dos horas.

Al concluir el acto, los sacerdotes y acólitos debían comer, pues habían ayunado durante tres días. Adriano ofreció un ágape del cual todos participamos. Comenzaba el atardecer. Era la hora de nuestra reunión diaria. Nos sentamos, como otros días, a conversar mientras contemplábamos el

Nilo. Adriano tenía una preocupación que, por fin pudo formular:

-El cuerpo del Dios… ¿Debe permanecer en el Egipto?

-No, Señor. Puedes llevarlo a Roma. En el Egipto queda el egrégor.

-¿El Egrégor? ¿Qué cosa es el egrégor? Pregunto Adriano.

-Es la formulación mental; la idea fundamental que se corresponde con el Arquetipo que descansa en la Mente Universal. Es la idea de un dios que irá tomando fuerza conforme otros y otros más crean en el. Así el egrégor ganará poder, alimentado por las mentes de miles ó de millones de personas…

-Construiré templos en toda la

extensión de la tierra conocida. Todo el imperio tendrá a un nuevo dios. Dijo Adriano, evidentemente cargado de intenciones. Los solados se acercaron con teas y sahumerios. Adriano hizo retirar los sahumerios y sonriendo me dijo:

-El talismán funciona. Anoche dormí con el estuve libre de mosquitos.

Se hizo un silencio prolongado, necesario para permitir que acomodara sus ideas el Emperador de Roma. Deje pasar el tiempo. Mientras, Adriano tenía perdida, en el río, la mirada. Por fin rompió el silencio.

-Hoy me he reconciliado con el Nilo. Recordé lo que dijiste, amigo,

sobre el carácter neutro de la naturaleza. Y supe que el río no era bueno ni era malo. Lo vi, entonces, como un instrumento del destino. Baje al amanecer y me lavé las manos.

-¿Conoces, Señor la historia de Osiris? Le pregunte, para que supiera el destino paralelo del antiguo dios y del que habíamos creado en ese día.

-No, no se nada sobre Osiris.

-En la misma fecha del octavo mes, el mes de Atir, en que murió Antinoo, * (Octubre del año 130) Osiris fue muerto. Desde entonces, en ese mismo día se conmemora su aniversario. Ahora se celebrarán juntos los dos Dioses…

-Osiris y Antinoo: Egipto y Roma.

Dijo Adriano pensando en la política.

-Señor, hemos tenido tres años de sequía. Y ahora que el niño ha muerto, crecieron las aguas y se han llenado de limo los terrenos. Los paisanos piensan que el río pide, cada cierto tiempo la vida de un efebo.

Antes hace muchos años se sacrificaban adolescentes para devolver la vida al río, que es la vida misma del Egipto.

-Eso añade otro detalle a su gloriosa muerte…

Yo no pude entender porque Adriano consideraba la muerte del muchacho. A mí me parecía un accidente. Pero Elio Adriano estaba tejiendo un mito y todo

elemento podía favorecerlo. La de Adriano era una pasión enfermiza, siempre partía de un punto y regresaba al mismo punto.

-Mañana partiré para Alejandría y luego seguiremos hacia Judea, después a Grecia. ¡Debo volver a Grecia! –dijo. Y luego de una pausa -: Antinoo era de Bitinia, ahora sabrán que han producido un dios tan grande como Hermes o el mismo Apolo.

El Emperador amaba sin razón ni olvido. Quedamos en silencio un largo rato. Luego Adriano, como si estuviese hablando solo:

-Hoy durante la ceremonia, he vuelto a sentir algo raro. Es lo mismo que

experimente, durante la celebración de los Misterios en Eleusis. Si, en Eleusis, donde los sonidos se ven y los colores se oyen. Fue una sensación extraña: la presencia de algo sagrado. Es una propiedad numinosa que afecta a los seres y las cosas. El sentimiento prodigioso de haber asistido a una misteriosa teofanía. ¿Qué cosa es ese sentimiento?

-El sentimiento nos comunica que estamos en presencia de realidades eternas. Es algo inefable, que no se descubre. Ni siquiera lo puedes expresar con palabras.

-Es una fuerza fascinante y tremenda. – dije para paliar la despedida. Era fácil

sentirse bien frente a un hombre sencillo y poderoso, inteligente e ingenuo, valiente y lleno de ternura.

Adriano sonrió y me dijo:

-Ha sido bueno conocer a alguien que tiene las llaves del Olimpo. Alguien que tiene las claves del misterio. Gracias por introducir al nuevo dios al Olimpo... Quedo agradecido.

4.- ALETHEIA, AUSENCIA DEL OLVIDO.

Cuando estamos en este ángulo, entendemos a las bestias, como Salomón cuando la serpiente lamió sus oídos y descubrió las palabras…

FOCIO CITANDO A FANTRES, BILB. LIV, 15ª.

Quise informarme sobre Adriano, pues no sabía nada de ese hombre fuerte, dulce y sentencioso. Ya había gestado un plan secreto para incorporarme a su comitiva. Quería sembrar en su ánimo la necesidad de conservar la cultura del Egipto.

Con ese fin en mente, me relacioné con Crisopo, el pedagogo de los cuatro muchachos que viajaban con Adriano y encargado, en especial, de darle una esmerada ecuación a Cómodo.

Aunque Adriano nació en Hispanía, de una familia Adriática, en su corazón era romano, puesto, a toda costa, a conservar el helenismo.

Adriano era muy supersticioso e

inclinado hacia lo oculto. Pero pienso que, en el fondo, el ocultismo era para el una añoranza de lo inefable y de lo eterno. Lo percibí como un hombre fuerte, debilitado por la extremada complacencia.

Tenía la hermosa cualidad de ser preciso, claro, en sus conceptos. Por eso gustaba del lenguaje lleno de alma y de belleza de los griegos. Lo sentí sólido y pleno de ternura. A veces duro en sus castigos, pero lleno de inocencia. Como buen admirador de Grecia, quiso darle un respaldo a la deificación de Antinoo en el mundo de las ideas. El nuevo dios no podía ser solamente un símbolo de juventud y de belleza. Por eso Adriano

dijo:

-Antinoo cumplió con el ideal griego. Es el triunfo del ser humano sobre la vida. Llevar a cabo una existencia perfecta, plena y secreta, interrumpida e incorruptible a través de la continuidad del mármol – y era cierto. Bastabame mirar a los kuroi para ver esa afirmación de la vida en los cuerpos, en los rostros y hasta en el complaciente pliegue de las bocas.

-Sabrás, Hierofante, que como ha dicho Píndaro, todos tenemos una relación con los dioses por nuestro cuerpo – fisis – y por la grandeza de nuestro espíritu. Si miras una estatua de Apolo veras que en nada difiere de los

jóvenes atletas que frecuentas la palestra a los que vemos en los antiguos monumentos funerarios. –Adriano acostumbraba hacer largos silencios y, como si el tiempo no existiera, continuaba con áureo hilo de su conversación, un poco ausente:

-Detrás de cada ser hay una verdad suprema, Hierofante. Los Griegos llaman a la verdad Aleheia, lo cual significa ausencia del olvido. La verdad de Antinoo esta en la realización de ese ideal de perfección que los griegos llaman Agathos. Sin olvidar su propio ser, siempre supo ser claro, simple y transparente. Siempre supo y quiso ser lo que era. Deja que te lea Heriofante,

un hermoso párrafo de Skopas Simónides

Adriano busco un manuscrito y con función fue pronunciando el griego, lentamente, con deleite y con dulzura:

-“Es difícil llegar a ser un hombre verdaderamente agathos, noble y bueno, recto de pies, de manos y de espíritu, labrado sin culpa.”

-Adriano respiró hondo y en voz baja añadió –Antinoo lo era…

Según Crisopo, Adriano conoció a Antinoo en su segundo viaje por Grecia. Fue en la época en que el sabio Plinio recorría la Bitinia. Antinoo era miembro de una familia acomodada, venida a menos. Fue entonces cuando el joven

Antinoo, de apenas once años, ingreso al grupo imperial para ser entrenado como paje en la escuela de Roma.

Por ese tiempo el niño ya era un chico refinado. Era tan claro y feliz que los paisajes que dibujaba siempre tenían dos ó tres grandes soles.

Pero, realmente, Adriano entró en contacto con Antinoo dos años después, cuando el muchacho pasó al palacio, como miembro del servicio. Durante los siguientes cuatro años no se separarían ni un instante. Desde entonces el pobre Antinoo no fue dueño de su vida; después tampoco fue dueño de su muerte.

5.- CON EL ALMA MÁS COMPROMETIDA QUE LA CARNE.

Héme aquí preparado: he fortalecido mi espíritu contra la ilusión del mundo.

POIMADRES, XIII. 1.

Adriano partió. Yo temía que

perdiera el ritmo sereno que había sido su marca de gobierno. Pensé que tal vez yo hubiese podido influir en sus decisiones.

Dos días después tres centuriones se devolvieron con un mensaje.

Era la voluntad de Divino Emperador que yo lo acompañase por su viaje a Grecia. Ya me había preparado. Llame a dos acólitos, indispensables en las futuras ceremonias, y en poco tiempo estuve listo para seguir a las huestes del emperador Adriano.

Lo alcance en Alejandría, en un mal momento. Adriano estaba sentido con los Alejandrinos. Se burlaban del nuevo dios y hacían chistes insolentes.

Al atardecer me mandó a buscar. Subimos a la terraza del palacio en que hubo de alojarse para evitar la indisposición de los paisanos.

Desde ahí contemplábamos el mar y unos restos de lo que fue el famoso faro.

-Abuso de ti, mi querido amigo. No quiero que te sientas obligado a ir conmigo a Grecia. Pero he iniciado algo que debo terminar. Un Emperador debe ser consecuente con sus actos…

-Intente responder pero no me lo permitió:

-En los muros han escrito suciedades. Quieren manchar el nombre del nuevo dios, aún antes de haberlo conocido. ¿Qué haces cuando te atacan,

que haces cuando no puedes hacer nada?

-No debes defenderte, Señor. Defenderte es una forma de energía que fortalece a los que te atacan. ¡Si no puedes hacer nada, no hagas nada! –Dije con vehemencia.

Adriano me tocó en el brazo. Su mano estaba enfebrecida. Lo percibí como un amigo muy cercano.

El emperador tenía la cualidad de producir esa cercanía que lo había hecho tan popular entre la tropa.

-Pero yo siempre he contraatacado. Soy estratega –me dijo. Luego, con su voz grave y tersa:

-¿Hierofante, quieres acompañarme a Grecia? La pregunta era una plegaria.

-Quiero, Señor. Y he venido con dos acólitos por si deseas hacer alguna ceremonia. Después de todo, el dios Antinoo pertenece al panteón Egipcio.

Adriano no me respondió. Sonrió con tristeza y ví en sus ojos la luz del llanto.

Y así quedamos sin decirnos nada. Su secretario Pinio se presento para informarle sobre su agenda del día siguiente.

-Señor, debes inaugurar el templo de Serapis que mandaste reconstruir hace poco más de un año.

-No, Pionio. Esta vez no iré a esa inauguración. Los alejandrinos no me verán por esta vez. Y tampoco quiero

que me hables de mi agenda. Mañana veremos el mañana. Hoy me quedare con lo que tengo entre mis cansadas manos…

Cuando los pajes llegaron con las antorchas ya se habían acostumbrado a no llevarle los sahumerios, Adriano los aparto con un gesto. Así permanecimos, en oscuro silencio, bajo el fulgor de las estrellas. Era mejor para el Emperador de Roma –considerado como un dios viviente –ampararse al piadoso cobijo de las sombras. Después de varias horas, despertó de ese sueño, mezcla de ilusión, dolor y desencanto. Entonces dijo:

-¿Quieres cenar conmigo,

Hierofante?

-Quiero, Señor. Pero no te ofendas si no como de lo que tú comes.

Adriano casi no cenó, pero bebió abundante vino. Un vino dulzón y embriagante producido con las uvas del borde del desierto. Hablamos poco. Yo en el suelo y el recostado en su triclinio. En el ardor del vino me dijo:

-Amigo Hierofante, dime –si lo sabes.

¿Por qué todo lo que ocurre es un acto total, determinante y necesario? ¿Por qué les pasan cosas dolorosas a las personas que tanto aman?

-Todo lo que nos ocurre lo merecemos. Es un aprendizaje como

cualquier otro. Si lo aceptas y aprendes: dejas de sufrir.

Si te empeñas en no aceptar la enseñanza: entonces se repite y sufres una y otra vez – para Adriano el mundo era un acertijo, hecho de tiempo, de inteligencia y de belleza. Se hizo llenar el vaso, bebió y dijo:

-Entonces…sufro…

-Solo las polaridades, Señor. Si hay placer tiene que haber dolor. Esa es la estructura del universo, polaridades de una sola cosa: el ser.

Adriano estaba lento. Pensó lo que le dije y antes de quedarse dormido, replico:

-Mañana me explicas eso,

Hierofante; tengo un duelo triple: he perdido –a la vez a mi amigo, mi hijo y mi amante. Ahora es momento de sufrir.

Han sido cinco años en los que el alma ha estado más comprometida que la carne…

6.- CUANDO MEJOR SE EXPRESA EL ALMA.

Los que se parecen se unen; entre no semejantes no existe amistad.

LOS LIBROS DE HERMES A SU HIJO TAT (I)

Los días pasados en Alejandría le

hicieron daño. La comunidad formada por judíos resentidos, griegos desarraigados y egipcios ignorantes, no tuvo compasión ante el dolor del hombre más poderoso del mundo conocido. Adriano decidió no partir hacia Jerusalem por tierra. Estaba falto de entusiasmo, pues anticipaba el antagonismo de los judíos. Pienso que debió ir, negociar y enmendar errores. Pero Adriano era una fiera herida. Salimos de Alejandría por mar, al comienzo de la primavera, con rumbo a Siria. Una formidable galera nos llevó en un mar desusadamente sereno. En todo el camino Adriano hizo planes sobre el culto de Antinoo. Me pregunte

que le pasaría al Emperador cuando esa obsesión fuera finalmente satisfecha. La tradición de hablar a la hora del crepúsculo se siguió consolidando. Mis acólitos se sentaban a mirar el horizonte en la proa del barco. Los pajes de Adriano hacían bromas en la popa. El Emperador y yo, en su cabina, en el centro más alto de la nave. El atardecer era propicio para las confidencias.

-Hierofante amigo. Hoy hace un año fuimos a cazar un león en la región de Libia. Adriano insistía en no llamar al muchacho por su nombre. Era una obsesión sobreentendida. Un león que había probado muchas veces la carne humana. La fiera tenía aterrorizados a

los lugareños. Por eso pensamos que seria un golpe de audacia y de fama ir en busca de la bestia. Tres largos y fatigosos días costó encontrar su rastro. La sequía nos ayudo, pues al escasear el agua, los animales se concentraban en pocos sitios, donde el león los esperaba.

Desde nuestras cabalgaduras, como hacemos los romanos, seguimos al león y logramos acorralarlo entre unas altas rocas. Yo ataque primero, pero solo logre herir a la fiera. Eso la hizo volverse enfurecida. Mi caballo perdió el equilibrio. Dichosamente mi compañero remato al león de un lanzazo certero y decidido. Desde el suelo pude sentir, en mi cara la exhalación final de

la sangrienta bestia. Mi salvador y yo nos miramos y en nuestros ojos, estaba la fuerza misteriosa de una vida compartida. En los momentos de peligro es cuando mejor se expresa el alma… Regresamos con el hermoso trofeo y por unos días Antinoo… Adriano hizo una muy breve pausa al caer en la cuenta de que estaba diciendo el nombre del muchacho. Si Antinoo y yo fuimos los héroes del momento.

Después de decir eso se sintió acongojado. Pude percibir un sollozo contenido y ver que volvía la cara. Quise decirle que llorara, que debía seguir la emoción del duelo. Que no podía, que no debía, ahorrarse el

sufrimiento. Pero ¿Cómo decirle eso al que se suponía ser un dios viviente?

No era fácil pedir debilidad al hombre más poderoso de la tierra. En la popa los muchachos reían. Adriano se volvió muy lentamente y dijo:

-La felicidad bruscamente llega y se va de pronto…

-Y cuando llega – dije yo – No te preguntas porque eres tan afortunado. Sin embargo cuando se va, quieres saber porque te han dado ese sufrimiento. Adriano asintió y dijo:

-Siempre creí que la primera misión de todo ser humano era ser feliz a toda costa. Éramos tan dichosos que no deseábamos nada. Supimos encontrar al

otro. ¿Dónde estará la felicidad que he perdido?

-La felicidad, como todo, tiene que aprenderse. La felicidad es un estado de conciencia…

-Siempre pones las cosas en difícil, mi querido amigo. Tú tienes la razón y yo solo tengo miedo y rabia. Pero deberías saber que, para los que hemos perdido el amor, el camino es oscuro, inmenso y fatigoso. Tuve que callar. No quise buscar en mi recuerdo el dolor de esa experiencia.

7.- AUN ME DUELE ALEJANDRIA.

Nada es verdad sobre la tierra. No hay más que apariencias y opiniones.

LOS LIBROS DE HERMES A SU HIJO TAT (IX)

Adriano fue recibido en Siria con una verdadera apoteosis. Las cartas que había enviado y los emisarios que nos antecedieron llevaron las nuevas sobre

el Dios Adolescente. Yo no podía entender de donde salían tantas flores en una tierra semidesierta. Hubo música, poesía y sobre todo los juegos que tanto gustaban al Emperador. Adriano se alegró por un momento. En cada atleta veía un rasgo del amigo ausente. En uno el cabello, en otro el ancho pecho y en otro más el valor ó la hermosura de su cuerpo. Para Adriano, Antinoo era una imagen que no esta en la mente sino en el alma. Desde Apamea le enviaron al Emperador dieciocho esclavos – entre los cuales destacaban diez efebos de una belleza inquietante. Como agradecimiento por haber donado, dos años antes, el templo oracular del dios

Bel. Elio liberó a los esclavos y dio más dinero para construir otro templo para el dios adolescente. Un regalo muy especial le fue ofrendado por las autoridades locales: la moneada, acuñada en Tarso, celebrando la muerte del león de Libia. En ella aparecía Antinoo de perfil y en el anverso, cabalgando encima de la fiera. En ese inmenso tumulto con aires de feria mi cabeza rapada y especialmente las de mis acólitos llamaron mucho la atención. Era un país donde los jóvenes llevaban largas cabelleras. Fatigado, al final de la tarde, Adriano convocó a nuestra sesión del día.

-Estoy contento. Ya ves como

aceptan al nuevo dios por estas tierras. –Luego de una pausa.

-Aun me duele Alejandría. Pidió vino que de acuerdo a la costumbre local diluyó en agua.

-Hoy no voy a embriagarme, Hierofante. Quiero estar consciente para disfrutar de la fiesta. Hoy el dolor se ha calmado con el bálsamo de la alegría y la belleza. Cómodo se acerco a nosotros, con intenciones de quedarse. Adriano se volvió hacia mí y pregunto:

-¿Te importa si invitamos al joven Cómodo a participar de nuestra charla? Con un gesto lo invite a sentarse. No me sentía confiado de que el muchacho contribuyera al proceso. Después de

todo, mi intención era ayudar a Adriano a sanar sus heridas pero sobre todo hacerlo comprender la diferente idiosincrasia, las necesidades distintas de la tierra del sur. Era una preciosa oportunidad para que el Emperador comprendiera que éramos diferentes de griegos y romanos. Adriano dijo:

-Cómodo, en los próximos meses serás testigo de la formación Panhelenico. El mundo civilizado se nutrirá de las culturas de Grecia y Roma.

-Señor tu solicitud de compañía decidió, para mí, este largo viaje. Pero quiero confesarte que una de mis razones para hacerlo fue la de traerte un

mensaje.

-¿Un mensaje? ¿Me quieres decir amigo que quieres que yo conozca algún misterio?

-No, Señor. No es ningún misterio. Quiero que comprendas que hay algo más que Grecia y Roma. Que la milenaria cultura de Egipto y la tradición de Árabes y Judíos, aun no han muerto. Que son idiosincrasias diferentes y encontradas, las cuales no puedes ignorar ni mezclar con Grecia ó Roma. ¿No se te ocurre pensar, por ejemplo, que los judíos jamás aceptarán al dios adolescente? -Tal ves yo había puesto demasiada vehemencia en mi discurso. Pero Adriano no pareció

afectarse. Se acaricio la barba, miro a Cómodo que permanecía silencioso y dijo:

-Bueno tendremos que tomar en cuenta todos los factores. Pero eso no impide que tres cuartas partes del Imperio se cobijen bajo un mismo palio de cultura.

Después supe que Adriano creía que todo se iría helenizando. El había visto a Alejandría, en tierra Egipcia, ser una imagen bastante aceptable de la vieja Grecia. Inclusive se le oyó comentar que el Dios Egipcio Thot se había convertido en Hermes y luego en Mercurio hasta hacer de su antecesor un desconocido. Pensé en redoblar mi

esfuerzo, pues lo único que yo podía ver en el futuro eran imágenes de guerra. Mientras tanto continuamos nuestra marcha y encontramos algo extraordinario. Algo digno de contarse.

8.- EN LA PAVOROSA INMENSIDAD DEL UNIVERSO.

Te doy gracias energía de las fuerzas; te doy gracias fuerza de mis energías.

POIMADRES, XIII.18

Marchamos, cabalgando, hacia el sur

de Anatolia. Adriano insistía en ignorar a los judíos que, por todas partes se hacían demasiado ostensibles. Después de un día de viaje, en medio del desierto, sucedió algo digno de contarse. Fue el encuentro con un pintoresco anacoreta. El hombre de muchos y curtidos años, descansaba desnudo acuclillado encima de una alta roca. El guía local nos dijo:

-Es un eremita cristiano. Los hay por todas partes. Son gentes sin patria ni tradiciones. Piensan que la mortificación es la llave para entrar al Cielo.

Adriano dijo:

-Quiero hablarle. Hagamos un alto para atender a los caballos y descansar

un rato. – al acercarnos al viejo descendió de la roca, intuyó la autoridad de Adriano y aproximándose a el le dijo:

-Poderoso Señor. ¿Qué haces para entrar al Cielo? – la pregunta era más en broma que en serio a juzgar por la sonrisa desdentada del anciano.

Adriano desmonto y le dijo:

-Nunca he pensado en entrar en el Olimpo. Pero hay alguien a quien he amado mucho y que ya me ha precedido.

-Los paganos piensan que al cielo se entra como a un palacio. Pero solamente las buenas obras y pensamientos nos llevan Al-que-no-se-nombra.

-Y tú. ¿Qué buenas obras haces

trepado en esa roca, en medio del desierto? –le pregunto Adriano.

-Oro por ti, desdichado. Oro para que cambie tu vida disoluta.

-¿Qué sabes tu de mi vida anciano? Ni siquiera me conoce – le respondió el Emperador evidentemente molesto.

-Estas herido. La vida te ha lastimado. Quisiste tener dos cuerpos. Pero cada ser humano solamente puede atesorar el suyo. Adriano se detuvo interesado en el nuevo giro del discurso.

-He perdido un alma, anciano.

-Un alma contenida en un pequeño cuerpo… Pero no has perdido nada, Poderoso. La otra alma, el otro cuerpo nunca lo tuviste. A ti te engaña el

sentimiento.

Adriano llamo a su guardia. Y dio la orden de hacer un campamento. Luego me hizo la señal para que me acercará y pregunto:

-¿Qué piensas del anciano?

-Pienso que tal vez tiene el don de la profecía.

-¿Quieres comer, buen hombre? – le pregunto Adriano.

-Si tienes pan y agua.

-Pan y Agua será, si así lo quieres.

Nos instalamos en ese lugar, escarpado y lleno de inmensas rocas. Al atardecer, como costumbre nos juntamos para charlar. Adriano hablo primero:

-Es cierto bueno hombre que perdí

una persona muy amada. Pero ¿Qué sabes de mi vida? ¿Porque oras por mi vida disoluta?

-La fuerza de tu carne te delata. La pasión de tu alma no encontrará más paz mientras alientes vida.

-¿Dime entonces que debo buscar? ¿Dónde se encuentra la paz del alma?

-El alma solo encuentra paz en su propio cumplimiento. La perfección es el principio y el fin de todas las cosas.

-¿Y como puedo alcanzar la perfección? ¿Tengo que dejar el mundo? ¿Cómo puedo entrar en la armonía?

-No tienes que dejar nada. Cuando la pasión brota y alcanza su equilibrio justo, entonces existe la armonía – el

viejo comía su pan mojado en agua. Adriano hizo una pausa para dejarlo saciar su hambre y después:

-¿Qué hace el sabio, que hace con su vida?

-El sabio busca lo que conviene a la sabiduría. Fuera de ella no busca nada.

-Perdí un amigo…

-Lo se. Pero te repito que no se pierde lo que no se tiene. Nunca fue tuyo ni de nadie. Estamos solos en la pavorosa inmensidad del universo.

Pensé que esa charla, en vez de ayudar a Adriano le iba hacer mucho daño.

Pero el Emperador parecía satisfecho. El viejo miro al joven

Cómodo y le dijo:

-Pasarán muchos años y otros gobernantes antes de que heredes el trono de tu padre. – Adriano se paro con violencia. Luego se sentó muy lentamente.

-Habla, anciano. Dinos lo que ves en el futuro. Tú tienes el don de los profetas. Habla claramente, el Hierofante es mi amigo.

-La amistad es más importante que el poder ó la riqueza. – dijo el anciano.

De pronto la noche espesa se hizo encima, alrededor y debajo de nosotros.

9.- BUSCANDO UNA RESPUESTA

Un día que había empezado a reflexionar sobre los seres, y que mi pensamiento volaba en las alturas mientras mis sentidos corporales estaban atados, como les ocurre a aquellos que los vence un pesado sueño... me pareció que ante mí se aparecía un ser inmenso de tamaño, más allá de cualquier medida definible

que, llamándome por mi nombre me dijo: ¿Qué es lo que quieres ver y escuchar ó con el pensamiento, conocer y aprender?...

POIMADRES, I .1

Al día siguiente muy temprano, Adriano hizo venir al Ermitaño a su tienda. Los soldados lo taparon con una manta para cubrir su pellejo oscuro y arrugado.

-¿Eres cristiano? –pregunto el Emperador.

-No soy cristiano, ni judío, ni pagano, ni ninguna otra cosa conocida.

-¿Qué cosa eres entonces eremita?

-Si tu paciencia te permite oír mi

historia sabrás, por propia cuenta, donde velan, ateridas las dudas de mi alma – y sin esperar respuesta comenzó su historia:

-Yo era muy joven y trabajaba al servicio de Saulo de Tarso. Cierto atardecer, en un villorio cercano a Jerusalem, un grupo de judíos juzgaba, a grandes voces, a un hereje cristiano. Paramos para que los soldados descansaran sus cabalgaduras. Algunos de nuestros compañeros bebían vino, otros jugaban con la taba, pero Saulo y yo nos acercamos al lugar de la pedrea. Era un muchacho el que debía morir lapidado. Todos vociferaban; algunos en latín, otros en hebreo, unos pocos

hablaban en arameo. En el calor de los insultos. Saulo se agacho juntó una piedra y grito: ¡Hay que acabar con los cristianos! Yo también junte dos piedras y lance primero golpeando al cristiano en el pecho. Saulo lanzo la suya con certera puntería y le dio en la frente rompiéndole los huesos. El muchacho abrió los ojos del color de la ceniza, sonrió con labios temblorosos y con voz de niño dijo “Paz y Amor” en arameo.

-Yo solté la piedra que tenía en la siniestra mano y regrese al cuartel. Esa noche me asaltaron terribles pesadillas. Vi al muchacho cristiano con la herida viva en la frente diciéndome, susurrándome “Paz y Amor” con su voz

de niño. Tres meses sufrí la muerte del muchacho y resolví evitar la compañía de los hombres. Vine al borde del desierto y desde entonces, no quiero saber nada de paganos, judíos, ni cristianos. Se que hay Uno: El-que-no-se-nombra. Espero merecer, algún día, su misericordia. Mientras tanto medito y oro por los hombre; me alimento de los frutos del borde del desierto y cuando alguien me visita tengo mi festín de pan y agua.

El Emperador de Roma me miró buscando una respuesta. Y sin, saber que hacer, se paso la mano por la cabeza varias veces mientras recorría a largos pasos el ancho de la tienda. Después a

grandes voces, dio la orden de partida. Una segunda y más intensa sorpresa nos esperaba en las tierras secas de Anatolia. Continuamos cabalgando en medio de paisajes desiertos, llenos de colorido y con cambios violentos de temperatura, según la hora. Al tercer día de cabalgar por una carretera, trazada por los romanos en poca reciente, avistamos un curioso promontorio. Era un monte alto con un paso de garganta en su centro y con centenares de curiosas perforaciones en toda la superficie de la montaña. El general Claudio se acercó a nosotros y dirigiéndose a Adriano:

-Señor, iremos más despacio. Así daremos tiempo para que una columna

se adelante e investigue esa cosa –dijo señalando el lejano promontorio. Parece una colonia de ermitaños, pero podría ser un núcleo de rebeldes.

Adriano no contesto. Solamente aprobó con la cabeza. Luego volviéndose a mí:

-Espero que no sean ermitaños. Con uno es suficiente por ahora. Ese hombre me dejó pensando.

Pero cuando el jefe de la columna regreso solamente dijo:

-¡Leprosos!

Adriano dio señal de continuar. Poco después estábamos frente a un espectáculo increíble. Centenares –tal vez millares – de leprosos habían ido

saliendo de sus madrigueras.

Eran seres horrendos, que se movían con lentitud arrastrando sus andrajos. Casi todos con restos de vestimenta de color marrón oscuro. Semidesnudos, sucios, harapientos, cerraban el camino. Ninguno se movió.

Era preciso quitarlos por la fuerza. Los soldados, siempre valientes ante el peligro, ahora dudaban ante a ese espectáculo horrendo y asqueante de dolor humano.

Todos permanecimos quietos. Por un momento que me pareció eterno. Nadie se movió nadie dijo nada. Pudimos ver sus miembros muñones sangrantes llenos de sustancias purulentas. La mayoría no

tenían narices ni orejas sino afrentosos agujeros de los que manaba pus. Cabezas de momias vivientes con ojos desorbitados, sin parpados. Entonces Adriano con voz fuerte y decidida dijo:

-¡Desmontamos!

Todos bajamos de nuestras cabalgaduras. Algunos de los soldados de la guardia personal se acercaron para rodear al Emperador. Pero el los hizo apartarse, con un gesto, llamo al General Claudio y le dijo:

-Prepara regalos para esta gente. Aceite, trigo, fruta, ropa… lo que se pueda.

Permanecimos quietos y callados. El silencio era impresionante. Cuando con

premura se consiguieron algunas cosas, Adriano echo a andar lentamente, hacia el grupo de los leprosos, seguido por su guardia personal. De entre los leprosos también echo a andar un hombre alto, acompañado por unos pocos. Se encontraron a la mitad de la distancia. El leproso hablo primero:

-Soy el Rey de los Leprosos. Te doy la bienvenida y te pido una colaboración para pasar por esta nueva carretera del Emperador Adriano.

-Soy Elio Adriano, Emperador de Roma y te saludo. Traigo regalos para ti y para tu gente. –La sorpresa en el rostro del Rey de los Leprosos y de sus seguidores fue notoria a pesar de las

deformaciones de la lepra.

El hombre, digno dentro de sus harapos, hizo una reverencia. Sus seguidores lo imitaron. Luego el Rey de los Leprosos se volvió hacia aquella inmensa masa humana y con una leve señal, hizo mover la gente hacia los lados, dejando libre el paso. Los soldados pusieron los canastos con los regalos en el suelo. Adriano hizo una reverencia al Rey de los Leprosos y monto en su cabalgadura. Al pasar por entre esa escoria humana, sentí ese olor particular de la lepra, que me recordó el fuerte olor que tienen algunos escarabajos de Egipto. Hubo un momento en que cerré los ojos y pude

darme cuenta de que había en el aire una energía intensa y dolorosa. Un ambiente, un pathos de separación, de no pertenencia, de aislamiento. Una secreción del alma.

Mientras cabalgaba muy despacio, entre esa gente que casi rozaba su caballo, Adriano vio los labios tumefactos y las narices carcomidas de los niños, sus manitas sin dedos, sus ojos deslumbrados y llenos de secreciones purulentas. Una intensa sombra de tristeza empezó a cubrir el rostro del Emperador. Adriano no habló el resto del día. Tenía la cabeza llena de tristes, muy tristes pensamientos.

10.- OFRENDANDOLE SU MUERTE

y el orden divino prohíbe que un alma humana vaya a caer en un animal sin razón.

POIMADRES, X .19

Las solemnes celebraciones por la Entronización del dios efebo se

multiplicaron por todas las ciudades que visitábamos. Adriano se ocupaba de todos los detalles. Escultores, pintores, músicos, poetas, actores y danzarines, lo seguían por todas partes. Cada uno hacía su agosto. Y yo con mis acólitos, tuve que realizar la ceremonia de apoteosis muchas veces. A los ojos de los griegos resultaba ser una actividad rara, revestida de místico exotismo. Adriano estaba alucinado. Antinoo le había dedicado su vida y ahora esta ofrendándole su muerte. Solamente cuando nos reuníamos al atardecer, Adriano parecía recuperar su centro. Ese era el momento de análisis, de moderación, el tiempo de volver a la

armonía.

-Hierofante… ¿Volvemos a nacer?

-Los que no hemos concluido nuestra evolución volveremos a nacer. Los que la han concluido, se incorporan al todo –le conteste simplemente para reafirmar su creencia en la reencarnación.

-Pero Antinoo y yo… ¿Volveremos? –dijo con una voz sin fuerza.

-Señor, tienes que dejarlo ir. No puedes vivir en el apego –respondí deseoso de dejar esa conversación que no conducía a nada. –Es la ley por encima de las leyes del Cesar y las leyes del Senado.

Adriano acaricio, largamente, una gema de sardonix. Luego me la enseño.

Era una delicada talla con el perfil de Antinoo. Cuando se la devolví me dijo:

-Los egipcios hablan de los cuatro elementos. Del Agua, del fuego, del aire y de la tierra. ¿Por qué dicen que todo esta formado por ese cuaternario?

-Es símbolo, Señor. El agua significa el conocimiento, la experiencia que todo ser vivo tiene que pasar de la satisfacción de necesidades elementales. El aire es conocimiento espiritual, es la herencia del cielo. La tierra es lo material, la posesión, el arraigo. Todos estamos formados de esas cuatro cosas.

Uno de sus generales se acerco sonriente:

-¡Salud, Cesar! Mi esposa Procura me ha dado un hijo, lo pongo a los pies del Emperador de Roma.

-Buenas noticias Claudio. Sin duda será un buen soldado, como su padre. Brindemos por el niño y por su encuentro con el agua, el fuego, el aire y la tierra.

El general Claudio no entendió pero, si lo decía el Cesar tenía que ser algo importante.

11.- EL FATUM

Lo que llamamos Heirmamenén, Asclepio, es esa necesidad que preside en todo el curso de los acontecimientos, uniendo los unos a los otros mediante una cadena continua.

ASCLEPIO, 39.

Nuestro paso por los países griegos estuvo lleno del más variado colorido. Una sucesión de pueblos y ciudades con nombres fantásticos y personas vivas e

irreales salidas de la propia mitología griega. Sebaste, Selinus, Rhodiapolis, Syedra, Atenas, Lymira, halicarnaso, Patara, Mileto, Mantineia, Samos, Efeso y Mitilene. Pero nada me causo más asombro que ver como las gentes esperaban la presencia de Elio Adriano como la de un verdadero dios bajado del Olimpo. Para el pueblo, Adriano no era el famoso y valiente general que había alcanzado el sitial de Emperador. Para ellos era un dios que había encarnado y que por lo tanto, podría concederles favores y milagros.

Por una parte, Adriano se sentía lleno de carisma, del fuego divino de Emperador Romano pero, por otra parte

sentía que le pesaba la vida. Se notaba una sombra perenne que lo acosaba y que lo iba debilitando. Adriano viajaba, de ciudad en ciudad, sin encontrarse en ninguna. Era como si quisiese huir de su propio cuerpo. Continuamente consultaba los oráculos. Claros, Delfos, Dodoma, Eritrea, Mitilene y Cerinto oyeron sus preguntas angustiadas. También se aferraba a la interpretación de sus sueños, elaborados y llenos de misterio.

-Anoche tuvo un extraño sueño, Hierofante. En el sueño un individuo apuesto, un poco más alto que yo, me visita. Se presenta con mi nombre. Evidentemente lo hace porque ignora

quien soy. Descubro que su visita tiene el propósito secreto de informarse sobre mí, para suplantarme. Ignoro cual es la finalidad de esa usurpación. Quiero enfrentarlo, decirle mi nombre, desenmascararlo. Pero me doy cuenta del peligro. Si averigua quien soy podría matarme, ocultar mi cadáver y terminar por apropiarse de mi persona. Se que ante tal posibilidad, no tengo otra alternativa que matarlo. Y cuando le doy muerte – lo cual logro fácilmente, dad su desaprensión – no estoy seguro de haber matado a un impostor ó a un extraño.

Permanecimos en silencio. Quise esperar a su propia interpretación del sueño. Adriano finalmente dijo:

-Hay algo en mí que necesita morir. Tal vez ha llegado mi momento.

Desde hacia algunos días Adriano estaba enfermo. Los síntomas eran variados y cambiantes. Su enfermedad se le paseaba por todo el cuerpo y tenía a los médicos perplejos. Adriano descubrió que uno se olvida del cuerpo cuando esta sano.

-¿Sabes Hierofante, cual es el lenguaje del cuerpo? Dolor es lo que sentimos cuando nos habla el cuerpo.

-También el placer es otra forma de lenguaje…Señor.

-Tienes razón, Hierofante. Siempre eres razonable. Gran cosa es la razón. Dicen que cuando los dioses le dieron la

razón al animal se convirtió en hombre.

-Y cuando a los hombres se les dio la imaginación se volvieron dioses.

-A propósito de dioses Hierofante, hoy le he concedido una entrevista a los judíos. Quieren explicarme las bases de su fe y de sus creencias. Quiero que estés conmigo.

Esa noche se presentó el rabino Benjamín Barsheba para abogar por la fe de su raza. Como hacia calor, Adriano lo recibió en la terraza. Era un viejo alto, nudoso, áspero y lleno de fuerza interior.

-Los judíos tenemos un Dios único. No nos centramos en un profeta o en un salvador sino en la idea de un pueblo

elegido. Hay un pacto entre Yaveh, el todopoderoso y el pueblo hebreo. De esa alianza surge el pueblo elegido. Adriano lo interrumpió:

-Hablas de un dios único. ¿Qué hacemos con los otros dioses?

-Son dioses falsos. Demonios abominables, que la superstición popular respalda. Le contesto el viejo con vehemencia.

Tendría que pasearme por todo el imperio para comunicarle a mis súbditos que los dioses que hemos honrado por centenares de años, los dioses de los cuales hemos recibido favores y milagros son unos impostores. Peor aún: que son demonios. ¿Qué crees tú que

pasará con el imperio? ¿Tú crees que podría sostenerse Roma?

-El Imperio de Yaveh esta ya cerca. Los incircuncisos serán barridos los primogénitos del Egipto serán muertos todos los que nieguen la existencia del Único.

El viejo había tocado dos puntos muy sensibles para el Emperador. La intolerancia y la pretensión de poseer la verdad única, eran despreciables para Adriano. El gustaba vivir dentro de la tolerancia incorporando los dioses de los pueblos conquistados al Panteón Romano. Un culto exclusivista, de un pretendido pueblo elegido, le era inadmisible. Tampoco aceptaba la

mutilación de la circuncisión. Adriano no podía entender que un dios pidiera a su pueblo la alación de una parte de su carne, para marcarlos como si fueran ganado. Adriano perdió interés en la perorata del judío.

Lo escucho con respeto, pero no dialogo con el. El viejo contó muchas historias en las cuales el dios único se entretenía jugando como un niño con los hombres. Para mi fue de particular interés la historia de cómo fueron liberados lo judíos de yugo del faraón. En esa historia un dirigente, llamado Moshé es instruido por Yaveh le endurece el corazón al Faraón para que no ceda. De esta suerte Moshé recurre al

Ángel Exterminador de Yaveh, para que mate a los primogénitos de Egipto, incluido el tierno hijo del Faraón. En el dolor de su inmenso duelo, el Faraón cede y Dios termina el juego. Comente con Adriano mi forma de ver las cosas y el Emperador me dijo:

-No puedo creer que un dios único sea tan parcial como para tener un pueblo elegido. Tampoco puedo creer que ese dios único sea vengativo, lleno de odio y de resentimiento.

Hay mucho trabajo que hacer en Aelia Capitolina… Tampoco creo que la dicha exista, los dioses nos hacen jugar en un mucho donde el placer parece dicha. Elio Adriano acaricio la gema de

sardonix que siempre llevaba consigo buscando, con las yemas de los dedos los rasgos del dios adolescente. Mire al Emperador y por un instante pude ver el Fatum reflejado en su rostro. Ese destino que le estaba destruyendo cuerpo, mente y espíritu. Era un hombre, un pobre hombre despedazado por la existencia, enamorado de un muerto y sin saber que hacer de su propia vida.

12.- EL AMOR NOS HACE BUENOS

Gratia, amor, fides, amicitia
Gracia, amor, fe, amistad.
ELIO ADRIANO

Adriano tenía una vida intensa en el mundo de la política, de la guerra, de las obras comunales, del arte y sobre todo, en sus nuevos intereses religiosos. Yo permanecía al margen de casi todas esas

cosas. Preferí mantenerme aparte para que mi influencia no sufriera el desgaste de la cotidianidad. También quise evitar los celos de griegos y romanos, los cuales me veían como un advenedizo llegado a la vida de Adriano por la muerte de Antinoo.

Pero una cosa si era cierta: El Emperador se estaba desgastando. Quería permanecer activo todo el tiempo para distraerse del continuo dolor que lo embargaba. Necesitaba poner su mente en algo que no fuera esa carencia afectiva, que se acentuaba cada anochecer. Su único momento de tranquilidad era al crepúsculo cuando nos reuníamos a remendar los retazos de

su vida. Al atardecer volvimos a juntarnos. Adriano había ido a ver a los jóvenes practicando deportes al estilo griego. Luego había conocido los proyectos de arquitectura y las nuevas esculturas del dios adolescente. Estaba cansado pero satisfecho. Entonces me dijo:

-¿Qué prefieres, Hierofante la verdad ó la belleza?

-La belleza es la verdad del alma. La verdad es la belleza del espíritu – le respondí.

-¡Bien dicho, amigo! La belleza es la verdad del alma, bondad del corazón, sencillez, exactitud, armonía. Toda mi vida he pensado que mis actos como

soldado, como gobernante, debían contener alguna forma de belleza. Añadió Adriano. Yo aproveché para insistir sobre algo que me preocupaba:

-Pienso, Señor. Que tu gobierno se ha caracterizado por el ritmo sereno de la virtud. Espero que no lo pierdas, los tiempos parecen difíciles…

Pero Adriano no estaba pensando en los problemas futuros de su gobierno. Venía embriagado de belleza. Por eso, como en un monologo siguió:

-La belleza es una manifestación de poder y de amor porque mueve a la simpatía. La belleza crea unidad y el sentido más profundo del amor. La belleza es, en el fondo un acto de

alegría, es una forma de perfección. La belleza disipa el temor y abre a la esperanza. La belleza serena y estimula la espiritualidad.

Adriano quedo en silencio. Se veía claro que, para el, la belleza era un alimento. Un alimento que nutre la mente y reconforta el alma. Cuando los pajes vinieron con las luces, Adriano me pregunto:

-¿Y el amor, que piensas del amor?

-Señor, el amor es la justicia del espíritu. Le conteste, pensando en que probablemente el tendría una imagen física del amor. Pero Adriano tenía bien puestas sus ideas:

-El amor me ha dado fuerza para

luchar. El amor produce alegría, desapego y generosidad. Es una energía creadora que nos hace ver belleza en todas las cosas de la creación. El amor nos hace buenos. Creo que hemos sido creados para amar. El amor inspira el alma y va más allá de la destrucción del cuerpo.

Adriano estaba luminoso. Tenía un aspecto radiante, como nunca. Grecia contagiaba. Toda ella era un engregor formado de vida, amor y de belleza.

13.- EL CIELO SE PUSO ROJO Y EL MAR SE TORNO VIOLETA

La vida es la unión del nous y de la psique. En cuanto a la muerte, no es la destrucción de los elementos reunidos, sino ruptura de la unión… los seres que se disuelven de este modo… se transforman… pero de ninguna manera

desaparecen.

POIMADRES, XI .14-15

Grecia me impresiono. Aunque había estudiado la lengua, la historia y literatura griega en Alejandría, me conmovió la limpia serenidad de la cultura griega. Me enamora de la pulcra sencillez de las edificaciones y me apasione con la belleza del alma. Pero, sobre todo, comencé a entender el arte griego, con su impulso vital, su sensualidad, su sentido de Eros. En ese momento comprendí que la cultura egipcia estaba inspirada en la vida trascendente. Mientras que la griega era un canto a la vida terrena, un homenaje

al ser humano, a su belleza y a su inteligencia. Por su parte Adriano resurgió de su tristeza. Se ocupo, muchas horas todos los días de hacer planes con arquitectos y escultores, para plasmarla inmortalización del dios adolescente. Todo era una gran celebración y de algún modo, en el acto creativo, Adriano estaba sustituyendo la presencia del muchacho. Pero un atardecer propicio a las confidencias me dijo:

-Quiero que sepas que Cómodo es mi hijo. Para un Emperador Romano un hijo natural no es un problema. Pero es problema si ese hijo es menos inteligente, menos inspirado y menos

bueno que su amante. Antinoo y Cómodo han estado compitiendo, todos estos años, por la sucesión del trono de Roma, ahora el destino lo ha resuelto. Cómodo será el próximo Emperador Romano. El anciano del desierto le dijo que sería mi sucesor, pero después de otros Cesarés. No entiendo que quiso decir el buen hombre, pero no es lo que mi voluntad requiere. Yo no pensé que el destino había decidido por Cómodo en vez de Antinoo, como Adriano pretendía. Para mi no había duda en la que en la muerte de Antinoo, de alguna manera, estaba la energía del Emperador…

-Sí recuerdo que le dijo: "Pasaran otros gobernantes antes de que heredes

el trono de tu padre” creí que lo decía en sentido figurado. Respondí evitando la discusión.

-Esa paternidad nunca ha sido ventilada ni discutida. Mi esposa, la cual conocerás en este viaje es muy condescendiente. Pero no me ha dado hijos. La madre de Cómodo accedió a darme lo que mi mujer me niega. Después de todo, para cualquier mujer, es conveniente ser la madre del Emperador de Roma…

Recordé a la madre de Nerón y tuve que estar en desacuerdo. Pero no valía la pena discutir con Adriano. Todos mis esfuerzos tenían que dirigirse a evitar la guerra que cada día se acercaba. Por eso

dije:

-Señor. Pensando en otra cosa: quisiera aconsejarte que, de regreso a Roma pases por Judea. Es necesario impedir que el fuego se propague. Adriano reflexiono un momento, pero se notaba su deseo de evitar el contacto con los judíos. Solamente dijo:

-Enviaré un emisario para resolver las diferencias – después me miro largamente. Pidió algo de comer e inclinándose hacia mi, me pregunto:

-¿Cómo es la vida de un Hierofante? ¿Cuánto contacto tienes con… con la vida verdadera?

-Un Hierofante, no renuncia a la vida. Ninguna cosa nos esta vedada.

Solamente escogemos –porque la vida es elección – vivir buscando la armonía del cuerpo con el alma. Gasto mi tiendo en la lectura, escribiendo mis memorias, meditando e instruyendo a mis acólitos.

-Habrás oído lo que se dice sobre la muerte de Antinoo… -yo no había oído nada. Por eso moví negativamente la cabeza al estilo de los griegos y los romanos. Entonces Adriano continúo:

-Es bueno que lo sepas todo. Se dice que se suicido para liberarme de la difícil decisión de escogerlo a el ó a Cómodo como sucesor. Se dice que Cómodo construyo su muerte. Se dice que yo -¡que los dioses me favorezcan! Si que yo lo mande a matar porque ya no

servía a mis propósitos. Se dice que Sabina mi mujer arreglo su muerte. Se dice… se dice… se dice…

Adriano me miro con ojos desolados.

-Señor, en la medida en que aceptes el que dirán, estarás en manos de los otros. Si tienes tu verdad, esta te hará fuerte y libre. Solamente una cosa importa: El joven Antinoo ya no esta entre nosotros. Hay dos posibilidades: vivir y morir. Ambas son obligatorias, cada una a su debido tiempo.

-¡Que bueno es tenerte cerca, Hierofante! Quiero que sigas conmigo y que seas mi asesor en Roma.

Todo parecía estar bien, pero yo

sabía, desde entonces que vendrían momentos de fuerte desacuerdo. Cuando estaba anocheciendo, vinieron hasta Adriano con malas noticias. Uno de los muchachos que formaban parte de su cortejo itinerante, se había suicidado en el templo de Apolo, lanzándose al vacío. En el primer momento, Adriano no pareció comprender la noticia. Después le costo entender de cual de sus cuatro pajes se trataba. Era evidente que su mente se resistía. Después me dijo:

-Ya ves, Hierofante, no encuentro forma de reconciliarme con la vida. ¿Por qué un muchacho de quince años quiere suicidarse? ¿En que grietas del alma se encuentra ese filón de

nurastenia?

Después, Adriano llamó al jefe de su guardia y le ordeno guardar en secreto la noticia infausta. Y si se corría como un rumor, le dio la orden de desmentirla. Imagino que el Cesar pensaba que dos muertes tan seguidas, entre los pajes de su cortejo, eran demasiado.

-¿Por qué, Porque? Se preguntaba Adriano.

Al día siguiente, muy temprano, nos llegó la noticia de que el pedagogo, que acompañaba a los jóvenes, se había cortado las venas. Entonces Adriano me envío un mensaje para que me reuniera con el dos horas antes del anochecer. El Emperador estaba sombrío. En realidad

esa no era su naturaleza usual, pero cuando lo invadía la tristeza, parecía rendirse de una manera total. Nos sentamos frente al mar, que los romanos, pretenciosamente llaman mare nostrum. Un mas intensamente azul, con la brisa aun fresca del final de primavera. Estuvimos un rato en silencio. Adriano no sabía por donde comenzar y se estaba tomando su tiempo. Pero luego dijo:

-Quisiera comprender porque suceden estas cosas. Mis ayudantes dicen que el muchacho se lanzo del templo de Apolo en la idea de que sería deificado como Antinoo. ¿Crees que eso sea cierto? Y sin esperar respuesta continuo. Pero el pedagogo, ¿Por qué se

mato el pedagogo?

Entonces muy lenta y suavemente, como quien le habla a un niño:

-Señor, todo lo que ocurre es el efecto de una causa. Debemos mirar, en el pasado el origen del presente. Pero, si quieres un consejo piensa en la posibilidad de construir tu nueva vida.

-¿Y tu crees Hierofante que se puede construir una nueva vida con las culpas de la vida vieja?

-Una nueva vida no se funda en la censura sino en el reconocimiento del error. Todo progreso resulta de un acto unitivo. Cuando no hay división dentro de ti, en ese momento comienza lo que llamamos agathos.

-Y el pedagogo. Falto el pedagogo, algunos me dicen que probablemente el hombre hizo algo…

-En este momento, eso no tiene importancia, Señor. Creo que si empiezas a buscar culpas, estas perdiendo tiempo. Conciencia, lo único que hace falta es hacer conciencia.

-Soy soldado, pero detesto la violencia innecesaria. El suicidio es una forma de violencia.

-Porque donde hay contradicción hay lucha. Todo acto contradictorio tiene la violencia interna que hace daño. Le conteste, Adriano pidió agua y dijo:

-Piensa que, desde que murió Antinoo, he comenzado una vida nueva.

No se si será mejor ó peor que la anterior. Pero si se que será una vida nueva.

El cielo se puso rojo y el mar se torno violeta. Claro símbolo de la división que Adriano llevaba dentro.

14.- SE REMIENDAN ALMAS

Todo debe resultar de la oposición y de la contrariedad y es imposible que sea de otro modo…

POIMADRES, X .10

Durante nuestra estadía en Samos llegó Sabina, la esposa de Adriano. No

me pareció una mujer difícil. Por el contrario, la percibí como una persona temperamental pero razonable. Eso si parecía un poco recelosa, un poco desconfiada. Desde el primer momento quiso conocer mi relación con Elio Adriano y me lo pregunto directamente.

Pero una vez que le aclaré mi dudosa función y me sinceré con ella, explicándole mi interés por la cultura de mi pueblo, de los árabes y judíos entonces la sentí mucho más cercana.

-Tal vez puedas, también ayudar al pobre Adriano. No te dejes engañar, Hierofante, mi marido es menos fuerte de lo que parece. El Imperio es demasiado importante para que se

distraiga con el improbable culto a un desconocido adolescente. Dijo Sabina en un tono neutro, sin poner pasión alguna en sus palabras.

-El Emperador ha dedicado mucho tiempo y dinero a ese culto, Señora. El dios Antinoo se ha vuelto inexplicablemente popular.

Sabina rápidamente respondió:

-No será por mucho tiempo, Hierofante el pueblo sigue con pasión a mi marido, pero dentro de cien años será un culto olvidado Antinoo no tiene, no puede tener, la fuerza de Isis ó de Apolo.

Era una mujer de facciones duras, distinguida y muy segura de si misma.

No era bella, pero si reflejaba la autoridad de su rango. Desde el primer momento hablamos claro. Eso fue consolidando mi amistad con ella. En poco tiempo, me convertí en el confidente independiente de Adriano y de Sabina. Ella me contó de sus años de sacrificio. De su lucha por ganar, si no el amor, por lo menos la confianza, el apego de su marido. Pero ella comprendió que Adriano era un espíritu independiente, apegado solamente a los deberes del estado. Ya había perdido toda la esperanza de poseerlo como a un verdadero esposo. Años antes cuando llevaban vida marital, ella evito los hijos. Se las ingenió para conseguir

luteolas y otros productos secretos, traídos de oriente para esos menesteres. Pero eso Adriano lo ignoraba. El mismo se recriminaba su incapacidad para engendrar el hijo que todo emperador anhela. Y Sabina lo dejaba creer. Hasta que un día, Adriano busco el lecho de otra mujer y esa si le dios el hijo que tanto ansiaba. Sabina supo entonces que había jugado mal y que había perdido. Eso la hizo aferrarse más aun a la idea de evitar los hijos. No quería producir un segundón que estaría, como ella relegado. La cercanía de Adriano con Antinoo, a pesar de que iba en contra de sus derechos de esposa, por lo menos la consolaba al saber que Cómodo. El hijo

de la intrusa. No llegaría al poder. Pero ahora todo ha cambiado. La muerte de Antinoo ponía a Cómodo en posición de sucesor y eso Sabina no podía, no quería tolerarlo.

El verano y el otoño se sucedieron sin dejar mayores huellas. Visitamos muchas de las islas griegas. Adriano embriagado de la belleza, disfrutando textos, ruinas, cuerpos y paisajes. Pasamos el invierno en Atenas. Adriano atendía en la mañana los asuntos del estado. En la tarde hacía unas pocas visitas ó conversaba con artistas y arquitectos. A la hora del crepúsculo, siempre reservo un par de horas para analizar conmigo sus problemas, ahora

al calor del fuego. Casi siempre los temas eran los sueños de sus noches ó de sus horas de nostalgia. Durante la cena, Adriano conversaba con los filósofos. Eran largas platicas sobre la filosofía del estado, sobre la identidad de los ciudadanos ó especulaciones de amor y muerte. A pesar de la invitación reiterada del Emperador, siempre evite usar mi tiempo en asuntos que no me interesaban o que no tenían significado en mi cultura. Preferí leer algunos de los numerosos manuscritos que de todas partes del Imperio le llegaban. Así aprendí muchas cosas y Adriano supo comprenderme. Sabina me buscaba siempre en el frescor de la mañana. La

buena mujer no quería como si lo hacia Adriano, entender el mundo y la vida. Ella solamente deseaba justificar el resentimiento con su esposo y darle una lección. Eso a mí más bien me sonaba a venganza. Mi relación con Sabina continuo siendo buena hasta el final. Ella en su soledad, sentía el alivio de hablar con alguien. Un día me dijo:

-Hierofante, deberías poner en tu puerta se el aviso: Se remiendan almas.

Regresamos a Roma. Adriano había pasado cuatro años en el Medio Oriente. Me parecía imposible que el Emperador pudiese estar alejado de Roma tantos años y que todo siguiera funcionando. Pero el Senado Romano era una fuerza

indiscutible y estaba en manos de Elio Adriano. Sin embargo, el regreso del Emperador trajo fuertes disensiones. Su mano dura se hizo sentir ante la corrupción y los chismes habituales que ahora, Adriano estaba menos inclinado a perdonar. Desde que Adriano subió al trono, se había planteado una oscura e indefinida enemistad con Julio Serviano. Adriano tenía al comienzo de su reinado cuarenta y un años y era el general más poderoso del Imperio. Julio Serviano, su cuñado y bastante mayor que Adriano, era un distinguido senador romano. Era además suegro de Pedanius Fuscus, el Candidato más cercano al trono después de Adriano.

Algunos pensaban que Serviano deseaba la muerte de Adriano para que su hija fuera la emperatriz de Roma. Elio Adriano siempre lo trato con paciencia, manteniendo una relación amistosa, pero muy lejana. Ahora, casi veinte años después la enemistad había madurado hasta tornarse por ambas partes en un enconado resentimiento. Los celos de Serviano sirvieron al propósito de enrostrarle sus costumbres al Emperador, pero Adriano ya no era tan tolerante como veinte años antes. Además Serviano había vuelto a sacar a relucir la historia del presunto incesto de Adriano con su tía. El Emperador nunca se preocupo por justificar su

conducta. Pero si quiso disimular sus preferencias. Llevándolas con dignidad y naturalidad. Como disimulaba sus picadas de viruela con una airosa barba.

Se decía que su propia tía Platina lo había iniciado, de muchacho en los misterios del sexo. Todo esto lo recibió Adriano con el alma fatigada y le sirvió para ir tejiendo poco a poco, el sangriento fin del Senador Julio Serviano. Como era inevitable el Emperador programo los funerales de Antinoo para ser celebrados en Villa Adriana. Cuando supo que algunos personajes importantes no asistirían, pretextando salir de Roma, Adriano hizo la asistencia obligatoria para todos los

senadores y personas de Gobierno. Eso causo mucho descontento. Los funerales se realizaron al atardecer. Las obras teatrales y las salmodias se iniciaron cuando la luz ya estaba fatigada. Adriano hizo iluminar el cielo con una pira gigantesca. Todo comenzó con una representación en la que los dioses en el Olimpo le dan la bienvenida al dios adolescente. Fue una obra mediocre, sin fuerza ni sentido. Pero Adriano estaba satisfecho. Era aceptación del Dios en Roma. Por ultima vez Adriano pudo gustar el inefable sabor de la alegría.

Para mí Roma fue toda una revelación. Después de la serenidad limpia y sensual de Grecia, Roma me

pareció desordenada y voluptuosa. La grandiosidad de Roma era más ostentosa. Tenía ese aire de imitación que le quita validez a las obras creativas. Pero después, al conocer mejor la capital del Imperio pude ver algunos de sus importantes logros. Era interesante constatar la fuerza del derecho que sostenía el Imperio, la liberalidad de los romanos frente a otras culturas y creencias, el desarrollo impresionante de la medicina y la pluralidad religiosa. Comprendí que Roma era el vértice de una forma de vivir. Cuando Roma pase. Porque nada queda, la vida será toda diferente. Roma esta agotando, de manera grandiosa una

forma refinada de la animalidad del hombre para dar lugar a otras formas de existencia.

15.- UN SENTIDO DE LO ETERNO

El alma impía permanece en el nivel de su propia naturaleza, castigándose ella misma…

POIMADRES, X .19

A los pocos días estalló la guerra. Al principio parecieron revueltas aisladas, sin importancia alguna. Pero con los días el número de bajas alcanzó

proporciones alarmantes en el ejército de Roma. Adriano hubo de llamar de Hispania a su general más fuerte. Fue entonces cuando Elio Adriano recibió la noticia de que Pedanius Fuscus estaba tramando un golpe de estado. Para el Emperador no fue sorpresa. Ya había tenido que tolerar los ataques de Serviano, suegro de Pedanius, en el Senado. Pero en un mundo tan lleno de intrigas y malentendidos, aconseje prudencia al Emperador.

-Ya veremos. Me dijo.

Esa tarde no tuvimos reunión pues vinieron a parlamentar con Adriano los Cristianos. El Emperador no les tenía aversión, a pesar de que eran una secta

de judíos renovados. De hecho ya había promulgado una orden de tolerancia que le permitía a los cristianos un juicio imparcial. Libertad para su culto mientras no atentara contra las leyes de Roma y sobre todo un castigo ejemplar para los que denunciaran falsos crímenes cristianos. Se trataba de una secta de cristianos originada en Alejandría, dirigida por un tal Marción. Para mi sorpresa resulto ser un ex compañero mío estudiante de filosofía, en las clases de los esenios de Alejandría. Volvimos a recordar los viejos tiempos y nos sirvió para comparar nuestros hallazgos. Pero nuestro origen común era solamente

historia. Marción me consideraba, ahora poco menos que un demonio, por sustentar una filosofía diferente del cristianismo. Cuando quise hacerle ver los puntos en común, Marción solamente podía mirar las diferencias. Adriano se entretuvo oyéndonos dialogar pero al final volvió a su misma tesis:

-No puedo comprender a los que creen tener la sabiduría cogida por las barbas. Mi querido amigo, parece que estamos condenados a seguir siendo los demonios…Hierofante…¿Crees tu en los demonios?

-La palabra daimón sirve para designar un espíritu. Es indudable que existen muchas formas de espirituales. Y

como todo en el universo, debe haber algunas buenas y algunas malas…

Adriano encontró en el mundo de lo oculto, esa magia. –dominio de lo trascendente- que le permitía penetrar, con cierto grado de certeza a la realidad del universo y del hombre. Me contó entonces que había visitado el Oráculo. Y que como el Emperador el Oráculo solamente le decía las cosas que quería escuchar. Por eso una noche fue a consultarlo disfrazado de peregrino. Esta vez oyo cosas terribles y sobre todo, la predicción de una muerte cercana y dolorosa. Quise desvirtuar la tendencia supersticiosa del Emperador, pero el estaba empecinado en ese

terrible vaticinio.

-No, Hierofante. No pude, desde entonces vivir en el engaño. Cuando oí ese vaticinio doloroso quise seguir por esos caminos, con mis harapos de peregrino, viviendo de la conmiseración ajena, sin saber por donde ir, tal vez deseoso de regresar a Hispania. Tornar a mi adolescencia ó a mi niñez.

Volver a esa encrucijada donde empecé a sentir en el erotismo hay, también un sentido de lo eterno…

16.- EL ATAJO

Comprender a Dios es difícil. Hablar de El, imposible; pues el cuerpo no puede expresar lo incorporal, lo imperfecto no abarcar lo perfecto... Yo comprendo, oh Tat, comprendo lo que no puede expresarse, esto es Dios.

ESTEBEO, FLORILEGIUM. (XXVIII)

Sabina me mando buscar muy

temprano en la mañana. Me dijo:

-Hierofante, quiero salir de Roma. Tengo una seria enfermedad que me consume. No quiero darle a Elio Adriano el gusto de disfrutar mi muerte.

Pero no tuvo la satisfacción de morir lejos de su esposo. Ese mismo día cayo gravemente enferma. No la volví a ver sino el día mismo de su muerte. Adriano se reunía conmigo por la tarde. Estaba débil y le gustaba retirarse muy temprano. Lloraba silenciosamente cuando recibía de todas partes del Imperio bellas monedas con la hermosa efigie del dios adolescente. Venían de Bitinia, de Tracia, Tion, Arcadia, Esmirna, Tarso, Calcedonia y de

Corinto. Hermosas monedas y medallas mostrando al muchacho cazando jabalíes, dominando al león ó simplemente luciendo la gracia de su rostro. Para ese entonces Adriano no pretendía la supuesta divinidad del Emperador de Roma. A estas alturas de su vida no le importaba mostrar debilidad del cuerpo y el dolor del alma. Ya había pedido a su medico un veneno para terminar sus días. A su ayuda de cámara le ordenó cortar sus venas. Pero nadie quiso, ni pudo atender su pedido para viajar por el atajo. Todas las noches se quedaba insomne para reconciliar, al fin un sueño liviano llenos de imágenes misteriosas.

-Sufro un sueño que se repite y que, al despertar me deja desolado. En el sueño siento una hermosa sensación de plenitud. Siento el inefable vigor de la alegría. Me miro y no hay nadie en el espejo. Entonces se que he muerto, tengo un sueño y que estoy en la soledad suprema. También tengo un sueño repetido de culpa, de dolor y angustia. No se de que soy culpable. Tampoco se de donde proviene el intenso dolor que me domina. Es un sueño que desgasta mi descanso y perturba mi vigilia.

Los sueños de Elio Adriano se relacionaban, siempre con la muerte. El Emperador quería morir, no como lo podríamos desear otros: por razones

trascendentes. No, Adriano quería morir para evitar la vida. Un día de angustia y de tristeza me dijo:

-Si es cierto que hay un Dios Supremo, quiero conocerlo.

17.- DONDE NO EXISTE NI EL AMOR NI EL ODIO

Toda causa tiene un efecto; todo efecto tiene su causa; todo sucede de acuerdo con la ley; la casualidad no es sino un nombre para la ley no reconocida; hay muchos planos de causación, pero nada escapa a la ley.

EL KIBALION

Las noticias de la guerra en Judea era, cada vez, más graves. Los judíos, dirigidos por un tal Simón Bar Kokeba, hacían una guerra fuera de toda tradición de toda disciplina militar acostumbrada. Ellos se mezclaban entre la gente de los mercados y a una señal, atacaban hiriendo y matando a los soldados romanos más cercanos, para luego huir en el tumulto. Otras veces hacían emboscadas en los lugares más insospechados. Otras aun, envenenaban los pozos ó las comidas, quemaban las cosechas, mataban los animales y le hacían la vida imposible a los Romanos. Ellos no entendían esa modalidad de

guerra. Por el contrario, la consideraban cobarde, indisciplinada e indigna de un guerrero. El Emperador vivía disgustado y deprimido. Como la guerra con los judíos continuara, ordenó dedicar el Templo judío de Jerusalén a Júpiter. Era inconcebible como Adriano podía prestarse a semejante profanación, especialmente cuando se le sabía tan tolerante con los cristianos y los africanos. Cuando se lo hice notar, simplemente dijo:

-Soy intolerante con los intolerantes.

La enfermedad de Adriano avanzo lentamente y Sabina estaba gravemente enferma. Su pronóstico era fatal, asunto de pocos días.

Una noche calurosa intentaron asesinarme. El presunto asesino penetro en la habitación esperando encontrarme dormido en la cama. Pero yo estaba en la terraza, desde donde pude divisarlo. Tenía un largo cuchillo en la mano izquierda. Cuando lo sorprendí, dudó por un instante y luego salto por los jardines. Antes había sido advertido de que algunos políticos achacaban la conducta dura del Emperador a su consejero del Egipto. No quise decirle nada al Emperador para no aumentar su angustia hice redoblar la vigilancia. A pesar del su estado precario de salud, Adriano se reunió conmigo en el atardecer. El se quedo contemplando, en

silencio, la luna llena. Yo también, permanecí callado esperando saber que inquietud le atormentaba y avanzó hasta el borde de la terraza. Yo me sentí como en un ensueño. Lo vi levantar los brazos por un momento, tener la luna llena en sus dedos. Entonces se me ocurrió la absurda, la irracional idea de que el Emperador pudiera bajar la luna con sus manos. Adriano se volvió en voz muy alta desusadamente alta, me dijo:

-Me estoy muriendo. Me estoy muriendo demasiado lento. Necesito ayuda, Hierofante. ¡Necesito ayuda!

-He mandado traer un médico de mucha confianza del Egipto, Señor.

-No Hierofante. No quiero volver a

la salud. Lo que quiero es terminar, de una vez, esta encarnación absurda y fatigosa.

-Pero, Señor. Eres el Emperador de Roma. Tienes compromisos con la vida y con los hombres. Le dije poniéndome de pie para dar fuerza a mis palabras.

Ahora la luna era un halo en la cabeza del Emperador.

-Estoy en una encrucijada. ¡Ya no tengo el valor de ser yo mismo! Perdí el amor que me dio la vida. Olvide las batallas que me dieron fama. No tengo valor ni fuerza para vivir, tampoco para cortar mis venas.

Antes de que pudiera responderle se presentó Polemón, su ayuda de cámara

con graves noticias sobre la suerte de la Emperatriz. Fuimos hasta la recamara de Sabina y me di cuenta, entonces, que Adriano y Sabina dormían en habitaciones separadas. Ahí estaba la pobre mujer, en un angosto lecho. Angosto para proclamar a los cuatro vientos, que no tenía espacio ni marido con que llenarlo. Estaba muy envejecida. Podría pensarse que era la madre de su esposo. Adriano se inclino, solicito, sobre ella y le tomo la mano. Sabina permaneció impasible. En sus ojos la frialdad del odio, parecida a la frialdad de muerte. Ella sabía que estaba en sus últimos momentos. Por eso sin perder tiempo, con desprecio en la

mirada le dijo:

-Nunca quise darte un hijo, Elio Adriano. No mereces que yo te de un hijo. –y la tos le impidió seguir hablando. Adriano no se inmutó. Solamente respondió digna y tiernamente:

-Comprendo, Sabina. Comprendo ahora no debes fatigarte.

Adriano sabia ser fuerte e implacable, pero también podía ser dulce y tierno cuando era necesario. Las facciones de sabina se suavizaron. Tal vez tenía ya puesto un pie en es dimensión donde no existen amor ni la indiferencia. No volvió a hablar cayo en un sopor inexpresivo sin dolor ni

angustia. Al amanecer Sabina abrió los parpados, solamente para morir con los ojos espantosamente abiertos.

18.- EN EL PEOR MOMENTO

Lo que nace siempre ha sido sembrado… Lo que acaba empieza, lo que empieza acaba.

LOS LIBROS DE HERMES A SU HIJO TAT (I)

Sabina murió en el peor momento. Si hubiera escogido el día de su muerte para perjudicar al Emperador, no

hubiese podido elegir mejor. Inmediatamente se regó la voz, por toda Roma, de que Sabina había sido asesinada por Adriano. En Roma se sentía un aura de terror que no se vivía desde los tiempos de Tiberio. Varias familias importantes emigraron, en secreto a Hispania ó a la Galia, lo cual sirvió para regar la especie de que habían sido desaparecidas por Adriano. La difunta Emperatriz recibió los honores mínimos que el protocolo requería y fue enterrada en el Mausoleo. El carácter de Adriano fue cambiando en poco tiempo. Se hizo cada vez más distante. Se encerraba largas horas en su recamara y con cualquier pretexto

evitaba la comunicación por varios días. Ya no hablaba de contiendas viejas. Tampoco de las riesgosas cacerías en compañía de su amado. En cierta ocasión, mientras tomaba el sol en el jardín, me dijo:

-Hierofante, has permanecido fielmente a mi lado durante varios años. Se que deseas la paz para tu gente y que quieres conservar una cultura agonizante. En todos estos años te he oído abogar por esa causa que, tal vez sea justa, que tal vez sea una ilusión descabellada. Pero quiero darte el beneficio de mi duda. Te propongo que aceptes ser mi gobernador en el Egipto. Tendrías tu cede en Alejandría.

Quede en silencio, sorprendido. Recuperándome, le conteste:

-Señor, me honra tu propuesta, pero no he sido preparado para gobernar un pueblo y menos, aun para apadrinar las vicisitudes de una guerra.

Adriano molesto por mi rechazo me corto:

-¿Cuál guerra Hierofante? Yo dominaré a la que llamas Jerusalén –y que yo llamo Aelia Capitolina –y evitare la guerra. Piénsalo es la mejor oferta que ahora puedo hacerte…

Pero lo quisiera Adriano ó no lo quisiera, se generalizó la guerra. Ahora todo el Oriente estaba encendido. Cada ciudad, cada pueblo tenía su pequeña

guerra. Los judíos no aceptaron la orden terminante de eliminar la circuncisión y menos aun la afrenta de reconstruir el templo de Jerusalem al estilo Griego y con una gran estatua del Emperador en su Pórtico.

19.- QUERRAS LA MUERTE.

El mal es el alimento del mundo, el tiempo la destrucción del hombre.

LOS LIBROS DE HERMES A SU HIJO TAT (I)

-No, Hierofante. No pienso hacer más hospitales, ni siquiera escuelas. Cada vez que los hice, nadie quiso frecuentarlos. Esa masa amorfa e

ignorante, que llamamos pueblo, prefiere la superstición a la medicina, prefiere la ignorancia y la malicia a la cultura. Por eso solamente construyo cosas bellas y trato de mantener el orden civil. Seré conocido, en el futuro, como un Emperador amante del orden y de la belleza. He tenido el ingenuo rigor de creer en lo improbable y aun en lo imposible. Después supe que Adriano había fundado muchas escuelas que hubieran de ser cerradas porque ni los padres, ni los hijos pusieron interés en ellas. Por eso se dedicó a producir belleza. En esos días, Adriano compuso un poema. Siempre quiso escribir, más le faltaba el tiempo, ahora lo tenía. Pero

este poema limpio, sin pretensiones literarias, salido de su experiencia dolorosa, valía por todo lo que no había escrito. ¡Cuanta simpleza en las palabras, cuanta riqueza en el estilo! Adriano había alcanzado, por fin la honestidad indispensable para escribir esa poesía. En uno de los muy pocos momentos de contento me dijo:

-Escucha Hierofante. Tengo un plan para preservar la cultura de Egipto. Lo dictaré a mi secretario para que puedas conocerlo. Si lo apruebas lo pondré en efecto.

Pero Adriano nunca puso su mente en esos planes. Ya sentía los pasos de la muerte. Solamente quería dejar el

Imperio en buenas manos. Por esos días adoptó a Antonino Pío –un senador de cincuenta y tres años – lo cual lo hacía ser, por encima de Cómodo, el próximo Emperador de Roma. Estaba contento de cooperar con Antonino Pío y mantenerse disfrutando de su condición Imperial, especialmente del sexo y la comida, sin entrar en las serias responsabilidades del gobierno. Pero todos esos movimientos políticos terminaron de despertar el antagonismo de Julio Serviano y su familia.

Adriano, mal aconsejado por amigos y por el oráculo que siempre consultaba, resolvió eliminar, físicamente a Pedanio Fusco, único sucesor al trono. Por

supuesto esto trajo la reacción violenta de su cuñado Julio Serviano. Y Adriano, sin medir la crueldad de sus actos, le exigió el suicidio. El venerable Julio Serviano, tres veces senador de Roma, a los noventa años de edad, se cortó las venas. Pero antes de morir dejo por escrito, una maldición para el Emperador Adriano:

"Querrás la muerte, pero te costará morir.” Maldición que se cumplió de manera fatigosa.

20.- SIN GLORIA Y CON MUCHA PENA

Anima natura et officium

LA NATURALEZA DEL ALMA Y SU TRABAJO

Cada día Adriano estaba peor, pero no acababa de morirse. Era claro que al Emperador lo estaba matando la vida, no la muerte. La maldición de Julio Serviano producía su efecto. El

Emperador hacía y deshacía acosado por la vida. Adriano parecía tener vértigo del abismo horroroso de su propia omnipotencia. Un anochecer me dijo:

-Cuesta morir cuanto tienes algo de cuya vida te sientes responsable.

-¿Un hijo…? Le pregunte.

-He dicho algo, no alguien. –y se quedo largamente pensativo. Adriano moría, poco a poco, reviviendo sus recuerdos. Quería sembrar momentos para cosechar eternidades. Se sentía traicionado en ese pacto, de Emperador omnipotente, que el tenía con la vida. Ahora se creía solitario y desamparado. Sus recuerdos iban siendo, cada vez,

más desteñidos. Después de todo la vida esta hecha del tiempo y del olvido.

-He visto –me dijo – He visto en el Egipto una representación del pasado de las almas. Un chacal dirige el proceso en presencia del escriba y de un dios que me es desconocido. ¿Qué es lo que hay en la balanza?

-En la balanza esta un pequeño frasco que contiene el alma y en el otro platillo, una pluma llamada Maat, la cual simboliza la verdad.

-Una verdad que no me favorece… -Me respondió Adriano. Y luego, sin transición:

-Ahora deseo la muerte como antes quise la vida. Estoy cansado,

Hierofante. Quisiera que mis días fueran pocos. Ya no oigo la voz que me hablaba en el silencio. Necesito alcanzar la soledad suprema…

Di que ame la cultura y la belleza que no supe enmendar los errores de mi vida y que traje la cultura a Roma porque la cultura es un puente entre las almas. Fue en ese momento que me propuse narrar mi relación con ese hombre portentoso. Temo descubrir su pensamiento más que revelar el alma…

Y la vida continuaba. Antonino Pío gobernaba haciendo toda clase de alianzas para mantener el trono. Llego la primavera. Adriano escuchaba con ansiedad y tristeza el canto de las aves.

Hablaba balbuceaba a la estatua de Antinoo que había colocado junto a la ventana. Antinoo sonreía, lleno de misterio. Era un hermoso mármol centrado en el fulgor de la belleza. Adriano, el fundador de escuelas, templos y hospitales moría lentamente. Su Imperio, esplendoroso y decadente, se le iba de las manos. Ni siquiera el recuerdo de sus glorias, de sus amores ó pasiones le daba aliento. Todo estaba terminado sin gloria y con mucha pena.

21.- CALLADAMENTE

Animula vagula, blandula, hospes comesque corporis, quae nunc abibis in loca pallidula, rigida, nudula, nec, ut soles, dabis iocos.

Alma pequeña, gentil y vagarosa, del cuerpo amiga y hospedera, en que lugar estas ahora, palida, rigida y desnuda, incapaz, como antes, de jugar.

ELIO ADRIANO

El día del sol Adriano tenía un color terroso. Me senté a lado de su cama, intuyendo el final del Emperador de Roma. Ya había perdido su energía de general Romano. Ya no lo asistía ese carisma de hombre fuerte, inteligente y poderoso. Cuidábamos su sombra. Nadie venía a visitarlo, antes tan popular y tan buscado. Ahora solitario y despreciado. La maldición de Julio Serviano seguía vigente. Dos largos años estuvo el Emperador ensayando los juegos de su muerte. Lenta desintegración en la que solamente la conciencia permaneció intacta.

Aun en los momentos en que parecía

delirar, su mente era fina, creativa, helenizante. Una noche lo oí hablando en voz alta. Me acerque y lo oí decir muy lentamente:

-Mis hijos queridos de todas partes, ahora que anochece, ahora que la tarde desemboca en un mar incognoscible, quiero hacer mi testamento. Os dejo el sol y el temblor de las estrellas. También las caricias y el aroma. Os dejo mis cenizas, mencidas en el mar que me baño cuando era niño. Os dejo el silencio, blando y transparente de los bosques. Os dejo paz amor y esperanza y las letras sometidas por la voluntad de los que escriben. Os dejo el agua transparente y cristalina pero, aun así tan

misteriosa. Y mejor aun os dejo el silencio de las cosas que se han quedado quietas. Os dejo el espacio que al estar libre ha quedado sin sentido. Pero sobre todo os dejo el regocijo de la mano amiga. Os dejo mi ausencia vulnerable y frágil como el alma. Y también os dejo el olvido obstinado y persistente. Ejercedlo con cariño…

Yo deseaba regresar a Egipto, pero no podía dejar a un amigo moribundo. Adriano paso sobre mi su mirada opaca y con voz cansada pero clara dijo:

-Cómodo.

Hice llamar a su hijo, el cual vino presuroso. Pero Adriano ya no pareció enterarse. Estaba un poco agitado,

tratando de decirme algo. Cómodo me miro interrogante. Yo asentí con la cabeza, ambos supimos que Adriano, por fin descansaría. Tome su mano. Con lentitud me dijo:

-Tienes las llaves…

Entendí que eran las llaves del Olimpo. Me estaba pidiendo que lo entronizará para encontrar su compañero. Pero no tuve tiempo de responderle. Adriano estaba muerto. Realizo su sueño de morir para reunirse con Antinoo, su bienamado dios adolescente. Su piel había cambiado. Ahora era de alabastro. Por primera vez sentí lejano, ajeno, como un verdadero Emperador Romano. Su rostro lleno de

serena satisfacción, contrastaba con la ansiedad constante de su vida. Se veía hermoso y solemne. Porque la solemnidad es el común denominador de todos los muertos. Su muerte, no solamente no fue una sorpresa, sino que llego como un bálsamo esperado y aliviante.

Adriano reino por casi veintiún años. Fue, sin duda uno de los más brillantes generales y un gran emperador. Trajo al Imperio el amor, la verdad y la belleza. Fue Elio Adriano el que salvo los restos de la cultura griega del más triste naufragio de la historia. Pero sus días finales estuvieron llenos de resentimiento, de tristeza y aun de esa

crueldad que es siempre innecesaria. Antonino Pío fue informado. Cómo ordenó la pira. No hubo servicios fúnebres, ni llanto, ni responsos. Solamente se firmo un acta. Adriano había salido de la vida, calladamente, como convenía a su situación y a su deseo.

22.- SIN ESPERANZA NI CONSUELO

porque tu eres todo lo que yo soy, tu eres todo lo que hago, tu eres todo lo que digo. Tu eres todo, y nada existe sino tu: incluso aquello que no existe, lo eres tu también…

POIMADRES, V .11

El día esta alegre y luminoso, como deben ser los días, aunque haya muerto el Emperador de Roma. Las llamas crepitan pregonando La Presencia. El cuerpo de Adriano arde, como el lo había querido. Quizás alguien juntará sus cenizas y las esparcirá por Villa Adriana; quizás a los pies del Mausoleo de Antinoo. Quizás…

Pero no estoy para esperar este momento. Otros seguirán en los devaneos del poder y en el fatuo juego de la gloria. Echo a andar por el jardín bordeado de tilos. A mi espalda la hoguera imponente, digna del hombre más poderoso y solitario del mundo conocido.

Sigo caminando paso por los largos salones llenos de estatuas de Antinoo en la plenitud de su gloriosa adolescencia. Y sin mirar para atrás salgo de la vida y de la muerte del Emperador Adriano. Salgo de Villa Adriana. Salgo de Roma.

Atrás quedan los recuerdos, atrás las promesas e ilusiones.

Frente a mi un mundo convulsionado por la guerra, dividido y decadente.

Un mundo sin esperanza… ni consuelo.